

abrió, en la negra techumbre, para que me causaba decirle: ¿por qué? y en otros la tarde de la vida con sus dolores, encantad aún nuestras almas, infantiles amores, que os desvanecéis tan rápidamente!

me causaba decirle: ¿por qué? y en algunos momentos, ella, temerosa, entraba mis ardientes miradas, que la dejaban pensativa.

París, 1840.—Jersey, 1855.

## XI

LISE

Yo tenía doce años y ella diez y seis; era alta, yo era bajito. Para hablarla con más confianza, esperaba que se marchase mi madre, y cuando se iba, me sentaba al lado de aquella niña por el placer de hablar con ella a solas.

Desde entonces, ¡cuántas nores y cuántas primaveras han pasado! ¡Cuántas pasiones muertas y cuántas tumbas cerradas! ¿Quién se acuerda ya de lo que sintieron en otro tiempo los corazones? ¿Quién se acuerda ya de las flores marchitas de aquellos tiempos? Ella me amaba y yo le correspondía; éramos dos niños, dos perfumes, dos rayos de luz.

Dios la creó ángel, hada y princesa. Como era mucho mayor que yo, preguntábala sin cesar por el placer que

Después hacía alarde de mi ciencia infantil, de los juegos en los que manifestaba mi habilidad, y como estaba orgulloso de aprender el latín, le traducía muchas veces a Fedro y a Virgilio, le decía hablaba de mí, y envanecido, le decía: «Mi padre es general.»

Aunque era mujer, quería que leyera una vez que otra algo de latín, y yo le traducía algún verso, cuyo sentido ella procuraba comprender. En la iglesia me inclinaba muchas veces hacia su libro de oraciones, y un ángel extendido sobre nosotros sus alas blancas, cuando asistíamos juntos a las vísperas los domingos.

Ella decía de mí: es un niño, y yo le llamaba la señorita Lise. Para traducirle algún salmo, me inclinaba mucho sobre su devocionario; me acercaba tanto, que un día mis labios de fuego rozaron sus frescas mejillas.

¡Infantiles amores, tan rápidamente desvanecidos, que sois el alba que aparece en la mañana de la existencia, cantad a los niños con vuestros in-

bles éxtasis, y cuando llegue para nosotros la tarde de la vida con sus dolores, encantad aún nuestras almas, infantiles amores, que os desvanecéis tan rápidamente!

Mayo de 1843.

## XII

VERE NOVO

Sonríe la mañana a las flores brillantes de rocío. ¡Qué encantadoras enamoradas son las flores! ¡Qué delicioso es el deslumbramiento producido por las locas hojas blancas que van, vienen, se vuelven a ir, retornan, se detienen, se cierran y vuelven a abrirse en un dulce estremecimiento! ¡Oh, primavera! Cuando recordamos todas las misivas que los soñadores amantes envían a sus mujeres predilectas, en los mensajes de amor, de embriaguez y de delirio, que confiados al papel se reciben en el abril y se rasgan en el mayo, creemos ver volar a la merced del viento alegre, y por los prados y por los bosques, sobre el agua y bajo el cielo, vagando por todos los sitios, buscando en todas partes un alma y llegar a las flores saliendo de las mujeres, los pequeños pedazos blancos, lanzados en un torbellino, de todas las cartas amorosas convertidas en mariposas.

Mayo de 1831.

## XIII

A PROPÓSITO DE HORACIO

Dómines griegos, dómines latinos, pedantes, magisters, pedagogos, os aborrezco, porque con aplomo gravé, necio e infalible negáis el ideal, la gracia y la

belleza. Vuestros textos, vuestras leyes son fósiles, y a pesar de vuestro aspecto de suficiencia, sois unos estúpidos que lo queréis enseñar todo ignorándolo todo, porque sois malvados y ruines. Me hierve la sangre cuando recuerdo aquel tiempo en que yo era un diablo de diez y seis años y muy fuerte en retórica. ¡Cuántas reprensiones, cuántas rabieta y cuántos castigos me impusieron! Un domingo me castigaron dejándome encerrado en mi cuarto para que aprendiese de memoria quinientos versos de Horacio: quise resistirme, pero no me fué permitido hablar, y tuve que sufrir el castigo; tuve que estudiar veinte veces la oda a Plauco y la epístola a los Pisones; y justamente ese día tenía una cita con la hija del portero. ¡Gran Dios! ¡Tener que perder un día entero! Debía dedicarlo al éxtasis puro del amor, y para embriagar a aquella joven con el cielo y con la naturaleza, llevarla, si no hacía mal tiempo, a comer tortas de hojaldre en los cerros de San Gervasio. Encolerizado, subí a mi cuarto, que era un horno en el verano y un ventisquero en el invierno, y allí exclamé:

—Horacio, excelente muchacho que vivías tranquilo y razonable, y que te posabas sagaz y francamente en todas partes como el pájaro se posa en la rama, sin permanecer en ella mucho tiempo, pidiendo únicamente a los dioses que te permitiesen entonar tu canción libre y alegre; tú caminabas oyendo por la tarde a través de los bosques las ahogadas risas de las locas jóvenes, los tiernos cuchicheos entre la arboleda; cortejabas algunas veces a tu hermana mosa y blonda esclava Mirtila, o te po-

nías de codos en la mesa bebiendo el vino que contenía una vasija griega. Pegaso, abriendo las narices, soplabá hacia ti los versos; tú meditabas, escribiendo odas a Barine, a Mecenas, a Virgilio, a tu campiña de Tibúr, a Clóe, que pasaba junto a las tapias de tu morada llevando sobre la cabeza la delicada ánfora; por la noche, cuando Febo se trueca en Hécate, cuando los matorreros se llenaban para ti de visiones y veías en ellos resplandores, formas y rayos de luz, al Cervero frotarse la cola entre las piernas; a Baco, dios del vino y de los yambos; a Sileno, meditabundo, digiriendo en su gruta, y deslizarse en las sombras, embriagándose de lascivia con las blancas desnudeces de las ninfas, al fauno de pies de macho cabrío y de orejas puntiagudas, ¿quién te hubiera dicho, Horacio, cuando te alegraba el vino sabino y sorprendías en el baño a Glycere o a Licoris, cuando pintabas en Roma a los caballeros jóvenes corriendo en el hipódromo, como Molière pintó en Francia a los marqueses, quién te hubiera dicho que escribáis versos tan deliciosos, profundos y exquisitos para que sirvieran en el siglo actual de instrumentos de tortura a horribles hombres cándidos, que van mal peinados y mal vestidos, o a pedantes que mascullan, como los monos una flor, tu nombre célebre con los dientes?

¡Escritorzuelos repugnantes de cerebros vacíos que jamás albergaron una idea!

Y cada vez más irritado, añadía:

\*

\*\*

—¡Cangrejos, que queréis poner sotas a los dioses enfurecidos del éter, un capillo a Diana y vuestros tricor-

nios a los olímpicos, os maldigo, eunucos cretinos, torturadores! ¡porque vosotros sois los viejos, los tristes, los entorpecidos; porque sois el invierno; porque sois, mentecatos, el oso que corre el bosque buscando un árbol, la sombra, el plomo, la muerte, la tumba, la nada! Petrificáis con vuestro hábito al joven cándido y chispeante, pretendiendo acercaros a la antigüedad, a Píndaro, sereno, lleno de épicos rumores, a Sófocles, a Terencio, a Plauto; y traidores, con vuestra hipocresía, con vuestras costumbres, con vuestros yugos, arañando todos los libros sublimes, con vuestros prejuicios, con vuestro horror al porvenir y con vuestro odio al progreso, hacéis que los corazones vírgenes de los jóvenes beban en las tinieblas que os agitáis ese opio rancio. ¡Malditas necillas de la Biblia humana, sacristanes del arte y de la ciencia, convertís el gran templo en capilla pequeña! ¡Carceleros del espíritu, os apoderáis de Teócrito, de los velos sagrados de Esquilo, de Tíbulo, radiante de amor, de Virgilio, radiante de estrellas, y trocáis en infiernos sus paraísos!

\*

\*\*

Y con creciente cólera prosiguió: ¡Malditos monasterios, mazmorras, prisiones hediondas! ¿Qué me importan las pendencias de los antiguos? ¡Veis? ¡Escolares, corred! ¡Acudid, escolares, en enjambres, en bandadas, en ejércitos, desde el pilluelo de París hasta el greculo de Roma! ¡Cortad vuestro pelo en el verde bosque y azotadme a hombre! ¡Jóvenes bocas, morded a vuestro colocador de mordazas! ¡Ah! ¡yo tomé por testigos a Phylodáce y Xautis de

que estoy enamorado de sus claras túnicas, pero me causa horror esa gavilla de pedantes inicuos! Confiar la educación del niño a tales seres, es poner a pensión la mosca en la morada de la araña. ¡Confiar el niño a semejantes frailes para que le expliquen a Platón, para que les lean Cátulo, para que les descifren Homero, a esos clérigos, a esos bedeles que se sorben los mocos, a esos necios que ignoran lo que es un niño, que apenas saben el A B C del corazón humano, que representan la barbarie de ayer y que desean hacer imposible el mañana!... Sus viejas y muertas vísceras insultan al corazón que se abre a la vida; se apoderan del niño y no toleran que la ilustración penetre en su alma bajo la forma del pensamiento o bajo forma de mujer; se mofan de los niños y se mofan de los poetas; dirigen a los ruiñesores su voz profunda de mochuelo; el niño es ignorante y ellos también; borran del espíritu el esplendor y cuanto brilla, y escardan el ideal como si fuese un barbarismo. ¡Esos seres son los que se encargan de la ilustración de los niños!

\*

\*\*

Esto es lo que yo decía en mi cuarto, mientras me servía de encierro. Mi monólogo-diatriba, como tenía tiempo sobrado, era variado hasta en medio de su monotonía; estaba rabioso, y aunque tenía razón en el fondo, no la tenía en la forma. Después del abate Tuet yo maldecía a Bezuot. Me habían castigado por las malditas matemáticas que me fastidiaban y que me hacían empeñar incesantemente luchas con las cifras de sus teoremas y de su álgebra; ¡por eso estaba exasperado!

Llegará un día en que el hombre sea prudente, en el que ya no se educarán los pájaros para encerrarlos en las jaulas, y entonces, comprendiendo la sociedad mejor al niño, habiendo sondeado las reglas del libre vuelo, adoptará las reglas para hacer crecer las águilas; y la luz meridiana resplandecerá para todos; entonces, conociendo que el saber es sublime, aprender será muy agradable. Entonces, dejando para el término de los estudios los notables libros latinos y griegos, esas soledades en las que el trueno ruge, en las que el mar brilla o el astro sonríe, y que llenan los vientos inmensos del espíritu, explicándolos con ternura e inspirando afecto hacia ellos, los podrán comprender fácilmente. Homero arrastrará en su vasto reflujó al deslumbrado estudiante; el niño no será ya una bestia de carga enganchada a Virgilio, y no se convertirá ya, bajo la férula de un pedante o de un clérigo, en pesado caballo al que abruma el peso del castigo. Cada aldea tendrá, en un templo rústico, en vez del magister antiguo, al institutor lúcido y grave, que sea un magistrado del progreso, un médico de la ignorancia, un sacerdote de la idea, y entonces desaparecerán para siempre el escolar eterno y el eterno pedante.

El alba aparece cantando y no gruñendo. Nuestros hijos, riéndose de nosotros se preguntarán qué podíamos esperar que enseñasen a los niños los buhos salvajes. Entonces el joven espíritu y la mirada joven se levantarán con serena claridad hacia la ciencia augusta y soberana; entonces nada de formularios oscuros, insulsos, sofocantes;

el maestro, dulce apóstol inclinado sobre el niño, hará beber, hablándoles de Dios, del azul y de la armonía, a las almas tiernas en la copa del infinito. Entonces todo será verdad: leyes, dogmas, derechos y deberes. Tú dejarás pasar, a través de tus negros jambages, un puro resplandor, por momentos menos sombrío, ¡oh naturaleza, alfabeto de las grandes letras de la sombra!

31 de mayo de 1835.

## XIV

Ha llegado junio. El gorrión pía en el campo a los enamorados; el ave de paso canta en su nido pétreo.

Las hierbas y los ramajes, llenos de suspiros y de aullidos, repiten deliciosamente las mismas cosas en el fondo de los bosques.

Los tordos y las alondras, prolongan en sus sordos nidos, las dulces querellas de los besos y de los amores.

Bajo el emparrado de la llanura, en el antro donde verdea el mimbre, Virgilio embriaga a Sileno y Rabeláis a Grandgousier.

¡Oh, virgilio, escancia! ¡escancia, Rabeláis! La selva es una gloria; la caverna es un palacio.

Aquí no hay lago ni isla que no nos prenda con liga, en que no se improvisa un idilio o en que no se cante un dúo.

Porque el amor caza en los bosques, y pesca en los arroyos; porque las bellidades son jaulas cuyos pájaros son nuestros corazones.

La flor, mirándose en el espejo de la cristalina fuente le dice:—¡Buenos días!; la curruca dice al buho:—¡Buenas noches!

El techo espera la gavilla, que ha de ser pan primero y luego choza; las ancas del buey tendido sobre la hierba parece un monte en la selva.

El estanque sonríe al ánade, el prado sonríe a la oropéndola, mientras el camino trillado rezonga contra el carro vacío.

El oro florece en el alhelí; el antiguo y fabuloso céfiro sopla con los carrillos inflados en el fondo de las azuladas nubes.

Jersey, junto a las tranquilas olas, Las pequeñas alas blancas, caen como envuelve en un hermoso cielo puro, mo aludes sobre las aguas y los surcos; y toma el aspecto de Sicilia en un gran jirón de azul. nieva mariposas.

Por todas partes está escrita la égloga; hasta en la fría Albión el viento está lleno de Teócrito y el viento conoce perfectamente a Bión.

Y recita, melancólico, la canción que gorjea Moschus, grillo bucólico de la chimenea Etna.

Y sobre el mar que refleja la sonrisa esmaltada del alba, el matorral de violeta pone al viejo monte una casulla, sublime bajo su dosel de granito.

Granville, junio de 1836.

## XV

## LA COCCINELA (1)

El invierno tose, viejo tísico, y se va; la bruma se disipa; las olas ponen la música a los versos de los árboles.

Toda la naturaleza sombría derrama una misteriosa luz; el alma sueña en más sombra y la flor en más amor.

El césped se tapiza de margaritas; los perfumes que se creían mudos, cuentan las penas secretas de las violáceas campanillas.

(1) Coccinela: insecto coleóptero, conocido vulgarmente con el nombre de *Vaquita de san Antón*; coquito o mariquita. (N. del T.)

perdió:—«Tonto—me dijo la coccinela cuando la tenía en mi mano,—Dios nos hace ser animales, pero los hombres algunas veces nos aventajáis.»

París, mayo de 1830.

## XVI

HACIA 1820

Dionisia, tu marido, nuestro viejo pedagogo, pasea ahora; ha ido a perturbar la fresca égloga que susurra en el bosque, el bello adolescente que se llama abril; todo se estremece y toma aspecto de pedante en cuanto él aparece. El asno gruñe entre dientes un tema al buey, su camarada; el viento canta y el árbol recita; reverdece el almendro, como jovenzuelo que crece, y declama este recitado de Therámenes: «Su ancha frente está armada de amenazadores cuernos.»

\*  
\* \*

Dionisia, entretanto, tú cantas, disfrutando de esa edad en la que la inocencia abre su vaga flor, e ignorante, sin alegría y sin pena, sin temor y sin deseo, ves a la hora en que el estudiante entra en las aulas y el doctor en el antro, llegar hacia ti, subiendo juntos la escalera, el fastidio, representado por el maestro de escuela, y el amor, representado por el escolar.

## XVII

A. M. FROMENT-MEURICE

Los dos somos hermanos, porque dos artes pueden confeccionar las flores. El poeta es cincelador y el cincelador es

poeta. Cincelador y poeta, en nosotros se revela el espíritu y convertimos en mejor lo bueno; tú haces resplandecer más la belleza. En sus brazos o en sus cuellos, estatuario de alhajas, labras prodigiosamente palacios de pedrerías. No digas que tu arte no tiene importancia; salte de la ruta común, mágico artífice, y mezcla el oro con el pensamiento. Todos los pensadores, sin buscar quién termina ni quién empieza, tallan la misma roca. Esta roca es el arte inmenso que Miguel Angel, el gran anciano, nos arroja en grandes bloques, haciéndole brotar al acaso, y Benvenuto Cellini nos los desmenuza. Y ante el arte infinito, del que la ley no cambia jamás, la pequeña piedra de Cellini vale tanto como el bloque de Miguel Angel. Los dos son grandes. Sombrio o brillante, el arte es fuego que alumbraba, es alma: la estrella equivale al sol y la chispa equivale a la llama.

París, 22 de octubre de 1841.

## XVIII

LOS PÁJAROS

Recorría un cementerio grande y desierto, pensando en los muertos, y caminaba sobre la hierba florida y por entre las cruces de las tumbas. ¡Dios que me da la vida! En torno de mí, sin cuidarse de mi aspecto tenebroso, ni de aquel campo, lecho fatal de la postrera siesta, una bandada de alegres y libres gorriones iban y venían, cantando, volando y saltando, pasaban sus picos por las narices de las estatuas y picoteaban en las tumbas granos misteriosos. Indignamente les dije: «¡Respetad a los muertos! No seáis arpías!» — «Somos gorriones»

nes»—me replicaron.—«¡Silencio, y salid de aquí!»—repuse enfurecido. Entonces huyeron; conocían que yo era el más fuerte. Sólo quedó uno de ellos detrás de mí, e irguiendo la cola, dijo: «¡Será algún antiguo clásico!»

\*  
\* \*

## XIX

ANTIGUA CANCIÓN DE LA JUVENTUD

Yo me desentendía de Rosa, aunque Rosa vino al bosque conmigo; hablamos de algo, pero no me acuerdo de qué.

\*  
\* \*

Estaba frío como el mármol y caminaba distraído; yo hablaba de los árboles y de las flores, y los ojos de Rosa parecían que me preguntaban: «¿Y qué más?»

\*  
\* \*

El rocío nos mostraba sus perlas, los árboles nos ofrecían sus quitasoles; íbamos caminando. Yo oyendo los mirlos y Rosa los ruiseñores.

\*  
\* \*

Yo tenía diez y seis años y estaba melancólico; ella tenía veinte y le brillaban los ojos; los ruiseñores cantaban a Rosa y a mí me silbaban los mirlos.

\*  
\* \*

Rosa, poniéndose de puntillas, levantó temblorosa el brazo lindo y blanco

para coger en una rama una mora ma- la de oro de tus radiantes versos brilla-  
dura; pero yo no vi su precioso brazo. alrededor de mi nombre como un círcu-  
lo de estrellas.

\*  
\* \*

Corría fresca y pura el agua de los arroyuelos sobre aterciopelados musgos, y cariñosa la naturaleza dormitaba en los bosques grandes y silenciosos.

\*  
\* \*

Rosa se descalzó, y con franca inocencia bañó los pies en el agua limpia; pero yo no vi sus pies desnudos.

\*  
\* \*

No sabía qué decirle; la seguía al través de los bosques, y de vez en cuando la veía sonreír y de vez en cuando la oía suspirar.

\*  
\* \*

Sólo me di cuenta de que era hermosa cuando salimos del bosque.—«Pues bien; no pensemos más en eso»—exclamó ella. Desde entonces pienso continuamente.

París, junio de 1831.

## XX

## EL POETA CIEGO

¡Gracias, poeta! En el seno de mis lares, piadoso, como césped divino te me apareces y te descubres, y la aureo-

la de oro de tus radiantes versos brilla- alrededor de mi nombre como un círcu-  
lo de estrellas.

\*  
\* \*

¡Canta! Milton cantaba; ¡canta! Homero cantó también; el poeta de los sentidos penetra en la triste bruma; el ciego ve en su sombría noche un mundo de claridad; cuando los ojos corporales se apagan, los ojos del espíritu se iluminan.

París, mayo de 1842.

## XXI

Estaba descalza y suelta la cabellera, sentada en un ribazo, entre inclinados juncos; pasé por allí, creí hallarme en presencia de un hada, y le dije: «¿Quieres venir conmigo a pasear por la campiña?»

\*  
\* \*

Me miró, con esa mirada suprema que le queda a la hermosura cuando ella hemos triunfado, y yo continué preguntándole: «Estamos en el mes de los amores, ¿quieres venir conmigo a pasear a la sombra de los árboles?»

\*  
\* \*

Secó sus pies con las hierbas que crecían en la orilla, fijó en mí sus ojos por segunda vez, y la joven que juguetaba se quedó pensativa. ¡Los pájaros cantaban en la espesura de los bosques!

\*  
\* \*

Las aguas acariciaban suavemente las orillas, y vi llegar hasta mí por entre los verdes cañaverales a la joven feliz y azorada, con la cabellera echada sobre los ojos y sonriendo con malicia.

Mont-l'Am, junio de 183...

## XXII

## LA FIESTA EN CASA DE TERESA

La fiesta fué exquisita y estuvo muy bien preparada. Era en el mes de abril y en un día tan espléndido, que parecía que el amor lo hubiera hecho brillar ex-profeso. Teresa, la duquesa a quien yo hubiera dado París, si fuese rey, y el mundo si fuese Dios, aunque no tuviera título, aunque sólo fuese la hechicera Teresa, la blonda de ojos diamantinos, nos había convidado en su jardín.

\*  
\* \*

Eramos pocos convidados, y lo selecto de la reunión daba esplendor a la fiesta; estábamos todos juntos y unos frente a otros. Allí estaban los graves señores y las alegres jóvenes; las Amintas fantaseaban junto con las Eleonoras; las marquesas conversaban con monseñores.

\*  
\* \*

Al mediodía disfrutamos de las melodías de la música y del espectáculo teatral. ¿Por qué se ha de representar

a Plauto de noche? La comedia es una hermosa joven que se ve mejor cómo se sonríe a la luz del día. Habían construido, como si fuese un templo de amor, cerca de una alberca, en cuya sombra habitaba un cisne, un escenario sobre un enrejado de varas, por el que trepaba una viña. Un arco de bóveda semejante a un asa de cesta, jaula verde en la que piaba un pájaro prisionero, cubría toda la escena, y en los blancos hombros de las actrices esparcían su sombra las ramas de los árboles. Se oían de lejos los acordes de la música; y desde la parte alta, sacando del friso medio cuerpo, para mejor llamar la atención de la multitud con sus pantomimas, un polichinela tocaba la trompeta. Dos faunos sostenían la capa de Arlequín; Trivelín se les reía en sus narices como un pilluelo. Entre los adornos esculpidos en el enrejado de ramas, Colombina dormía dentro de una gran concha, y cuando mostraba sus senos y los brazos desnudos, parecía que era Venus saliendo del mar.

El tío Pantalón, a la derecha, dentro de un barracón, vendía limones dulces, colocados en una pequeña mesa, y exclamaba en alta voz: «Señores, el hombre es un ser prodigioso: Dios hizo el agua, pero el hombre hizo el vino.» Scaramuccio en un rincón desafiaba con su sable de madera al trágico Alcantor, al que seguía el triste Arbates; Crespín, vestido de negro, se abanicaba, puesto a horcajadas en el remate del pórtico; Carlino se inclinaba para oír la música.

\*  
\* \*

El sol iluminaba la escena; la estación había bordado de flores el inmenso tapiz de césped que se desarrollaba a las

dos partes del teatro agreste; los árboles del parque, los serbales, las lilas, los ebenuces que abril carga de falbalás embalsamando con sus perfumes el espacio, parecían complacerse en servir de bastidores, y para gozar del espectáculo, abriendo sus flores, como si fueran ojos, unían a los sonidos de la orquesta su alegre murmurio; de manera que al concierto clásico y gracioso, la naturaleza añadía su música.

Todo nos encantaba; los bosques, la hermosura del día, la pureza del ambiente, las mujeres, el amor y el cielo azul. La comedia era buena, aunque antigua. Sentado indolentemente en el proscenio, Pierrot dirigía al público una arenga, y tenía a su lado un mono que tocaba el timbal, jinete en un perro. De vez en cuando, rabioso el mono, hacía sonar los palillos, y luego Pierrot continuaba su discurso. Los que querían oírle le oían, pero la mayoría del público estaba distraído: unos pedían helados a los criados; otros hablaban en voz baja con las damas que tenían a su lado; tres marqueses cantaban una canción; Teresa estaba sentada a la sombra de un matorral; las rosas palidecían al lado de sus mejillas, y al verla tan hermosa, un pavo real le hacía la rueda.

\*  
\* \*

Llegó la noche y todo quedó en silencio; las luces se apagaron; en los entristecidos bosques los arroyuelos corrieron plañideros; el ruiseñor, oculto en la espesura, cantó como un poeta enamorado. El público se dispersó en la obscuridad de los árboles; las mujeres juguetonas arrastraron a los hombres graves; los amantes desaparecie-

ron con sus amadas y turbados, sentían por grados penetrar en el alma, en sus coloquios íntimos, en sus miradas ardientes, la luz pálida de la luna que bañaba el horizonte.

Abril 18...

### XXIII

#### LA INFANCIA

El niño cantaba; la madre agonizaba aniquilada en el lecho, pálida y cadavérica; la muerte se cernía ya sobre ella, y yo oía el estertor de la agonía de la madre y la canción alegre del niño.

\*  
\* \*

El niño tenía cinco años y se asomaba a la ventana moviendo alboroto con sus juegos y con sus risas, y la madre, junto al inocente niño, que cantaba todo el día, tosía toda la noche.

\*  
\* \*

La madre fué pronto a dormir en el lecho de la tumba, y el inocente niño continuaba cantando. El dolor es un fruto; Dios no le deja crecer en la rama que no puede sostenerlo.

París, enero de 1835.

### XXIV

Dichoso el hombre que se preocupa del eterno destino, que, como un viajero que parte con el alba, se despierta soñoliento y desde que amanece lee la reza: a medida que lee va amaneciéndose

lentamente, y aparece la luz en su alma como en el cielo. A este resplandor ve claramente lo que hay en su cuarto y lo que hay dentro de sí mismo; todo duerme en la casa; cree que se halla solo y, no obstante, puesto un dedo en los labios, detrás de él, mientras le embriaga el éxtasis, los ángeles, sonriendo, se inclinan hacia su libro.

París, septiembre de 1846.

\*  
\* \*

Ayer lanzasteis vuestros dardos contra el ciudadano, hoy atacáis al poeta, al romántico después del liberal. Pues bien, mordedme los dos talones. Soy el hombre sombrío que trabaja para que todo degenera.

\*  
\* \*

### XXV

#### UNIDAD

Quando en el horizonte, sobre las altas colinas, el sol, esa flor de infinitos esplendores, se inclinaba hacia la tierra a la hora de hundirse en el ocaso, una modesta margarita, abierta en el lindero de un campo, en una pared gris, cayendo de ella entre la avena, ensanchaba su blanca y cándida aureola, y mirando obstinadamente hacia el éter, en el que el gran astro esparcía su luz inmortal, exclamaba: «¡Yo también brillo con luminosos destellos!»

Granville, julio de 1836.

### XXVI

#### A LOS QUE ME COMBATEN

Debo insistir, puesto que me hacen la guerra. En mí acometen a la época, y yo le profeso gran cariño. Ya sé que no me molestarían como a obscuro transeunte, si yo, siendo un átomo de azur, no contuviese algo de la luz que ilumina nuestra época.

Me conocisteis muy joven, y ahora me denunciáis como a buen hombre, despedazándome con la mayor alegría de mundo porque mi tierna infancia os enterneció. Exclamáis vociferando contra mí:—«¡Eso no se puede tolerar! ¿La estancia va descalza? ¿El drama se viste sin corsé? ¿La Musa arroja el velo de su inocencia? ¿El arte rompe las reglas para crecer libremente?» Gerontes literarios, con ladridos lastimeros os asombráis en versos retrospectivos de que mi voz perturbe el orbé, de que viva siendo romántico y de que siendo infantil el arte poético me concediese bondadosamente el pan y el agua, y de que hoy pese tanto sobre las rodillas de Boileau; contempláis mis versos provistos de uñas y de alas, que no quieren imitar a los modelos, y que lanzan siniestros resplandores que os causan horror y que os hacen prorrumpir en gritos de hiena al través de los barrotes de la *Quotidianna*. Agotáis contra mí todo el Calepino y al padre Bouhours y al padre Rapin; y aplastándome con todos esos nombres venerables, me arrojáis la palabra sacramental, esto es, me llamáis *revolucionario*. Al oír la, contestan al unísono todos los pe-

dantes: «¡Amén!» Por eso me quieren meter en el puño y someterme a examen. La Sorbona tartamudea, la Escuela hace garabatos y veinte plumas destilan bilis socarrona:—«¿Qué pretenden esos innovadores? ¿En qué pretenden convertir la poesía? Cuando por la noche las mujeres leen sus versos, tienen miedo en sus alcobas. El Pindo se estremece al oír rugir sus versos salvajes. Todo yace extinto por culpa de ellos: el alejandrino se apodera de la cesura y la muerde, no teniendo reparo en montar ninguno de éstos sobre sus compañeros; ¿qué es lo que va a suceder? Richelet se obscurece. Es necesario imponer a cada paso el *Magister dixit*. Volvamos a someternos a las reglas y salgamos de este oprobio; los verdaderos sabios, profesando verdadero culto a la razón, consultaron en todo tiempo, sobre el arte a Quintiliano, sobre el álgebra a Leibnitz y sobre la guerra a Vegetio.»

\*  
\*\*

Quando escribe la impotencia, se firma: *Sabiduría*.

\*  
\*\*

Os diré, como he contestado a otros sin encolerizarme. Desenmascarámonos; arrojemos la careta y despojémonos del dominó que se llama forma oratoria. Se nos ha visto dirigir hacia nuevos horizontes la lengua, arrastrando con nuestras rimas a la razón, arrojando a paso de carga, en alineadas batallas sobre el derrotado La Harpe, a todos los insurrectos. Hemos atacado al

estilo antiguo y anticuado con el bruto lote de la libertad; hemos hecho tomar parte en esa conjuración al espíritu, que es un pobre diablo, y a la palabra, que es una desdichada; hemos desgarrado el capillo, el saco de cilicio, el hábito, que encubrían al pensamiento. Nos hemos asociado para eso a una muchedumbre. Oradores, escritores y poetas, adelantando con el dedo la hora en el reloj, hemos dicho a la retórica:—«Vámonos, ya eres mayor de edad; estás emancipada»; y yo, cantando y luchando, he roto más de un barroto en el locutorio del convento, y con la antorcha en la mano he abierto de par en par las puertas del drama. Piratas, valiéndonos de las velas y de los remos, nos hemos adueñado de la triple unidad del ávido archipiélago, y en lo alto del Heliócon, estremeciéndome, he hecho un llamamiento a las armas. Todo lo habéis perdido ya; los versos vagan libremente. Al azorado Racine preferimos Molière, preferimos Rotrou a Ducis. Lucrecia Borgia sale de repente de una cueva y mezcla repugnantes venenos con vuestros malvaviscos, y el drama desmelenado os espanta; ¡eso es horrible! Soy un bandido, un jacobino, un manlandrín, porque he dislocado los estúpidos alejandrinos. Las palabras de alta alcornia, las sílabas marquesas, vivían juntas en el fondo de deliciosas grutas, hablando sólo entre ellas, y dije a las palabras de baja ralea:—«¡Mancas, cojas y gotosas, ergúlatecerneós y confundíos prescindiendo de todas las reglas en la profunda e inmensa caverna de las águilas!»—En otras ocasiones he confesado ya haber cometido esos crímenes; sí, yo soy Pavoine, Eróstrato, Atila y cuanto queráis llamarme.

zones; debéis cerrar los ojos para no contemplar a las nueve musas, y Apolo debe pareceros un mohicano y Venus una salvaje.

\*  
\*\*

El tiempo—que casi siempre constituye toda vuestra sabiduría—debe reñiros quedamente, y reprendiéndoo, deciros:—«Padecéis un error, y vais a enronquecer si continuáis desgañándoos; no vale la pena de que os incomodéis porque se introduzcan algunas novedades; esas gentes prosiguen su camino y debe teneros sin cuidado que sólo encuentren cenizas del fuego que os calentaba. ¿Por qué declararás la guerra a la algarada que mueven? Este siglo es el siglo de la libertad, y si no os acomoda su modo de ser, cerrad herméticamente vuestras ventanas, corred las cortinas, mata la luz de la bujía y vedles las espaldas. El alma del verdadero sabio es sordomuda. ¿Qué os importa que tal o cual poeta quiera, como el pájaro, cantar diversamente, y que, bribón del Pindo, hermano de leche de las musas, mientras canta el corybante, muerda los senos algo lacios de alguna de ellas?»

\*  
\*\*

Enfureceos y llamad a la guardia; tronad contra mí, que no habéis de asustarme. Nuestros progresos creéis que os ultrajan; abomináis este siglo, en el que hablando a las gentes se dispensan en los versos los acostumbrados saludos; siglo sombrío e impúdico, en el que el hombre escribe lo que siente y es filósofo y poeta crudo; en el que con el vino puro y espumoso del severo ideal se embriagan todos los soñadores. Cuando abris nuestros libros, os ponéis una pantalla porque su claridad hiere demasiado vuestra vista; detestáis nuestros versos francos y verdaderos, y os ciega el furor cuando veis nuestras estrofas desnudas. ¿Mas no recordáis aquellos tiempos pastoriles en los que las candidas ninfas corrían por los bosques haciendo ostentación de su desnudez al tibio resplandor de la claridad en las tardes del verano? ¿El alba desnuda y blanca se ocultaba por ventura en la bruma honesta y gazmoña y ponía quizás una hoja de parra al astro en el firmamento? ¡Oh, Virgilio, oh, Píndaro, oh, Orfeo! ¿Deben cubrirse con una gasa, como si fuesen cosas obscenas, las alas del Pegaso, semejantes, cuando las abre en la cumbre del monte poético, a la inmensa mariposa que besa lo infinito? ¿Es quizá cínico el sol espléndido? ¿La flor hace mal en desprenderse de su túnica? ¿Caliope, cerniéndose en un plano de la celeste esfera, obra mal enseñando al ceñudo Dante sus senos deslumbradores a la luz de las estrellas? Pues al ver libres y desnudos a los dioses del Olimpo, debéis exclamar: «¡Eso es un escándalo.», y debéis poner a Cupido una casaca y unos cal-

No os avenís a razones porque os obstináis en no haceros cargo de las cosas. En vano Voltaire, que era un gran hombre, os susurraba al oído:—«¡Amigos, nos estáis molestando!»— Vosotros, desentendiéndoos, seguíis echando espumarajos de rabia; creéis que nosotros, los hijos de estos tiempos infernales de la anarquía, queremos dar

el asalto a la elevada torre que domina Luis el Grande, rodeado de veinte nombres preclaros; os figuráis que perdemos el tiempo y el trabajo, porque esa fortaleza es inexpugnable y nunca conseguiremos nuestro objeto; que Bataillons nos mira con sus ojos saltones y redondos, que Tancredo es de bronce y Hamlet de arena; decís que es inmortal la peluca de Boileau, y coronados de laureles, mirándonos oblicuamente, indicáis el montón de basura de nuestros versos, estercolero en el que se recoge toda la inmundicia del siglo, al buen gusto antiguo, que es el barrendero del Pindo, y le decís con voz imperiosa: «Barredlos.» Pues bien; ¡barrednos!

París, noviembre de 1834.

## XXVII

Sí; soy un visionario. Soy el compañero de las flores y el interlocutor que dialoga con los árboles y con los vientos que me conocen. En el mes de mayo, cuando reina la primavera, converso a menudo con los alefés y escucho los consejos de la hiedra y de algunas flores. Los seres misteriosos, que suponéis mudos, se inclinan hacia mí y vienen a escribir con mi pluma. Entiendo lo que entendía Rabelais; oigo reír y llorar, entiendo lo que entendía Orfeo. No debéis asombraros de lo que me expresa la naturaleza con sus inefables suspiros. Hablo con todas las voces de la metempsicosis. Antes de comenzar el sagrado concierto, los pájaros, los arbustos, el agua que surca la pradera, las flores y los bosques, todos esos agradables instrumentos, me hablan. Estoy abonado a la orquesta divina. Si no fuera soñador, hubiera sido silvano. Aca-

bé, gracias al silencio en que me encierro, por hablar con ternura a las hojas, a las gotas de lluvia, a las plumas y a los rayos de luz, por descender a ese extremo de la creación, a ese abismo en el que se oye un estremecimiento incesante, y a no hacer con mi aliento volar ni una mosca. La brizna de hierba, que vibra continuamente, se amansa y se familiariza conmigo, y sin darse cuenta de que estoy allí, las rosas se entregan libremente a los zumbidos y a los aleteos de las abejas; algunas veces, al través del espeso ramaje, avanzo la cabeza para mirar algún nido, y la madre de los pajarillos permanece tranquila, mirándome y sin tenerme miedo; la gazmoña azucena ve que me acerco a ella sin sobresalto, cuando abre sus pétalos a la luz del día; la violeta, la más púdica de las flores, hace en mi presencia su tocado; soy para esas flores el amigo seguro y discreto; y la ligera mariposa, esa libertina alada, cuando está ajando alegremente alguna flor, al paso cerca de ella, no interrumpe su libación, y si la flor quiere esconderse entre el césped, ella la reprende diciéndole: «¡No seas tonta! ¡Es de casa!»

Les Roches, agosto de 1835.

## XXVIII

Es necesario que el poeta enamorado de la sombra y del azul, espíritu tierno y espléndido que lanza rayos puros de luz, que camina delante de todos, iluminando a los que dudan, cantor misterioso que escuchan estremecidas las mujeres, los soñadores y los amantes, se convierta en un ser temible en ciertos momentos. Algunas veces, cuando se piensa teniendo ante la vista su libro

en el que todo se mece, deslumbra, tranquiliza, acaricia o embriaga, en el que el alma halla dulzuras a cada paso, en el que tienen los rincones más oscuros claridades celestes; en medio de la modesta y alta poesía, en medio de esa santa paz, en la que se oyen fluir arroyos y lágrimas, en la que las estrofas, pájaros multicolores, vuelan cantando al amor, a la alegría y a la esperanza, es preciso que algunos instantes os haga estremecer, presentando de pronto, sombrío, grave y terrible ante el lector, un verso salvaje que salga rugiendo de las tinieblas. Es preciso que el poeta que vierte semillas fecundas, sea como esos bosques frondosos, verdes y frescos, deliciosos, llenos de murmurios, en los que de repente nos encontramos con un león.

París, mayo de 1842.

## XXIX

## ALTO EN LA MARCHA

En las brumas que cubren el horizonte empieza a surgir esplendente el mediodía, y la niebla se disuelve en perlas en las ramas de los árboles. El viento sopla, y al través de los ramajes llega hasta las techumbres de las pobres cabañas, que ocultan la paja que los cubre en el interior del bosque, y se ven salir de ellas las vagas y temblorosas columnas de humo. Corre un arroyuelo por la hierba, corre entre dos pendientes, y sobre él inclinan los sauces sus largas ramas; un olmo y un haya, árboles hermanos, los más antiguos del valle, se besan y se saludan, de una a otra ribera; los pájaros cantan sus can-

ciones de amor; se perciben estremecimientos de alas y de hojas, y se ve una casita, como sembrada entre la maleza, que encierra un santo viejo que sonríe entre cántaros de estaño, que está tan iluminada y encierra tantas flores, que parece un templo. Ya tenga sed la boca, ya tenga sed el corazón, ¡gloria a Dios que presenta la copa al viajero! —Entremos en la casita.—¿Qué podéis darnos?—Huevos y agua fresca.—En el manantial del prado, cubierto por un toldo de verdura, una niña blonda y alegre fué a llenar un jarro de agua, y mientras que le tenía hundido en la fuente, el agua parecía que contemplaba a la hermosa niña de ojos azules; y yo, entretanto, cerca de un gran lecho cubierto de vieja sarga, contemplaba taciturno una imagen de Jesús, atado y azotado en la columna.

\*

\*\*

¿Qué importa que se haya ultrajado a los mártires y que en todos los lugares y en todos los tiempos hayan sufrido la afrenta de la ciega gritería del populacho?

\*

\*\*

Andando los tiempos, el azotado vagabundo se convierte en Dios; su frente negra y cubierta de sangre, alumbrando desde su obscuridad palacios, cabañas y templos, iluminará el crucifijo y hará irradiar a Jesucristo. La multitud os seguirá silbando; derramaréis sangre, sufriréis y lloraréis, pensadores; pero el sufrimiento consagra a los santos, a los sabios y a los genios; la